

XIPREMIO
MÁLAGA
DE ENSAYO
JOSE MARIA GONZALEZ RUIZ

Jorge Freire
Agitación

Sobre el mal de la impaciencia



AGITACIÓN

SOBRE EL MAL DE LA IMPACIENCIA

JORGE FREIRE

XI PREMIO MÁLAGA DE ENSAYO
JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ RUIZ

Jorge Freire, *Agitación. Sobre el mal de la impaciencia*

Primera edición digital: marzo de 2020

ISBN epub: 978-84-8393-658-0

© Jorge Freire, 2020

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2020

La obra *Agitación. Sobre el mal de la impaciencia* fue galardonada con el xi Premio Málaga de Ensayo, que fue concedido por unanimidad el 19 de noviembre de 2019 en Málaga. Formaron parte del jurado Javier Gomá, Estrella de Diego, Espido Freire, Alfredo Taján, Juan Casamayor (editor de Páginas de Espuma) y, como presidenta del jurado, Susana Martín Fernández (Directora del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga).

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Colección Voces / Ensayo 294

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com



Ayuntamiento de Málaga
Área de Cultura

Para Amparo Freire, mi querida hermana

EXORDIO

*Exhausta de tantas vueltas,
mortificada por tan frenético desasosiego,
ansiendo perfilar el dolor circunferente
-la vertiginosa llanta a toda velocidad-
hacia el centro inanimado, y allí reposar,
la rueda debe ir de agonía
en agonía contrayéndose, hasta volver
al núcleo de acero.*

Aldous Huxley, La rueda ardiente

Este libro es tanto una polémica de ideas como una *consolatio*. En primer lugar, analiza uno de los males que aquejan con mayor saña al sujeto contemporáneo, un problema viejo como el mundo que en nuestros días se agudiza hasta el paroxismo. Se asemeja, a grandes rasgos, a aquello que según Pascal constituía la fuente de todos nuestros dolores: nuestra incapacidad de estar quietos y a solas en una habitación. En segundo lugar, se inspira en la vieja noción de *pharmakon* que, a mi juicio, define la verdadera función de la filosofía: por un lado, nos ayuda a curarnos las heridas que los sinsabores de la existencia provocan y, por otro, nos infunde valor para acopiar argumentos con que edificar una vida razonable y serena. Conque este ensayo trata de dar, por así decirlo, una de cal y otra de arena.

Tengo la costumbre de leer concienzudamente las frases que aparecen en los azucarillos del café. Hace no mucho

topé con una especialmente odiosa: «Para atrás, ni para tomar impulso». Si esa frase, deletérea de puro tonta e inicu de puro inocua, tuviese razón, no podríamos volver jamás la cabeza, por miedo a que nos tragase la tierra, como a la desventurada Eurídice, o a tornar estatua de sal, como la mujer de Lot; nos veríamos, en resumidas cuentas, huyendo indefinidamente, como el ejército en desbandada que imaginó Aristóteles: cabalga a la velocidad del rayo, sin perdonar la espuela, escapando de un terrible enemigo, hasta que repentinamente uno de los fugitivos vuelve grupas y advierte, con suma perplejidad, que no hay enemigo alguno.

Tal es la gran tarea de nuestra época: dejar de huir hacia delante. Bien está que los animales con vejiga natatoria que obtienen el oxígeno del movimiento se agiten sin cesar, pero ¿es acaso nuestro cometido movernos constantemente hacia delante, como un tiburón que escapa de la muerte?

Que nuestros coetáneos sean presa del movimiento perpetuo los asemeja, con mucho, a la castigada figura de Ixión, atado a una rueda ardiente que gira sin cesar en las entrañas de la tierra, y a la del pobre desgraciado condenado a llenar el tonel de las Danaides, una barrica sin fondo, y a la del pobre Sísifo empujando la pesada piedra... Pero sobre todo se parece a una figura mucho más prosaica: la del hámster uncido a la rueda.

No es esta una cuestión de ética sino, acaso, de etología. Ciertamente es que entre ambas media poco trecho -sostenía Deleuze que la primera era una rama de la segunda- y cualquiera, en buena lógica y sin enredarse en disputas terminológicas, convendrá en que es difícil poner límites a la cuestión del *ethos*. Un etólogo puede pasearse entre monjes y observar una conducta que le resulte llamativa; yo me paseo por las plazas y los mercados, como todo pretendido émulo de Sócrates debiera hacer, y, de un tiempo a esta parte, aprecio una serie de comportamientos que me dan muy mala espina. Pero ocioso es abordar vicios y virtudes

en una sociedad hedonista, cuando los modelos de conducta han sido abolidos. Más pertinente parece la pregunta, que trataremos de responder, que inquiera los motivos acerca de una conducta tan poco razonable.

El *Homo agitatus* es, pues, el equivalente al necio (esto es, el *ne-scio*, el carente de ciencia) en los textos medievales: la figura a batir. Cabe decir, con todo, que yo soy el principal blanco de mis críticas, por decirlo con la expresión que suelen enarbolar quienes confunden la reflexión razonada con una espingarda llena de pólvora; justo es recuperarla, pues lo cierto es que en este libro tiro a dar. Pero la diana de muchos de los dardos que aquí se lanzan es quien esto escribe.

No pocos lectores se sentirán interpelados. Hay quien convendrá en que participa de lo que hemos venido en llamar «la incesante manía» (recuerde que mi ataque es incruento) y hay quien advertirá sus síntomas en quienes lo rodean: si percibe la incómoda sensación de ser un polizón en un barco fantasma, sin duda pertenece a esta categoría.

Y es que, sin bien es difícil advertir de la enfermedad en su conjunto, todos somos conscientes de sus síntomas. La agitación es como el «engendro maldito» del relato de Ambrose Bierce: aunque no podemos verlo, se le reconoce por sus erráticas pisadas y, sobre todo, por la incomodidad que su presencia nos genera. Es más fácil hacer chacota de las toscas marionetas de madera que advertir de los finísimos hilos que ejecutan su movimiento.

En la escena más célebre de «Los muertos», de Joyce, contenido en *Dublineses*, el viejo molinero se pone sus mejores galas para asistir al desfile, calza el arnés a su caballo y se sube al pescante. Tarda más de lo previsto y cuando llega a la plaza, en cuyo centro relumbra una estatua del rey, ya está allí todo el pueblo. De repente, el caballo comienza a dar vueltas en torno a la estatua. La gente estalla en carcajadas. Los más perspicaces advierten que el animal, confundido, cree estar todavía girando en la noria del molino. El viejo se resigna bajo el sombrero de copa, abochor-

nado. Si no hablamos lo suficiente del tema que nos ocupa es porque preferimos embozarnos en el capote y esconder la mirada. ¿Quién en su sano juicio querría clavar los ojos en las flaquezas de su tiempo?

Así y todo, la cuestión que nos ocupa está muy presente en las conversaciones cotidianas. Basta acodarse en la barra del bar y pegar el oído, o sencillamente dedicar un momento a *hablar con el vecino* -que es cuando, según Berceo se habla claro y sin rodeos- para que aparezca. Unos tratan de reconvenir al hijo *traceur* para que deje de desfibrilarse las rodillas a golpe de *parkour* mientras que otros, al calor de peores intenciones, ponen como hoja de perejil al amigo súbitamente entregado a la fiebre agonística del deporte de riesgo. Que nuestros *maîtres à penser* no lo hayan convertido en el tema de nuestro tiempo no le resta un punto de importancia. Es bien sabido que no son las sutiles modulaciones que exigen un sentido entrenado y atento las que los intelectuales suelen perderse, sino más bien aquellos sonidos demasiado graves o demasiado agudos para los oídos refinados, como el ruido de la calle, con su bullicio, su trasiego y su alboroto.

Este ensayo se pregunta por los principales síntomas de esa manía que hoy cunde por doquier, así como de las derivaciones sociales y políticas de esta, al tiempo que conmina al lector a encontrar en la filosofía una suerte de medicina del alma. Se trata, por decirlo con Schopenhauer, de mirar retrospectivamente los horrores que hoy nos espantan y descubrir que no son más que trampantojos después de una noche de carnaval.

«La incesante manía» rastrea los indicios de aquello que, en resumidas cuentas, constituye el mal de nuestra época. «La diferencia indiferente» se ocupa de los sueños de libertad total que sirven de señuelo al individuo agitado. «Ponerse las pilas» y «La cultura del malestar» abordan, respectivamente, la función que elementos como el deporte o el humor, por un lado, y el periodismo y la industria cultural, por otro, desempeñan en la cultura de la agitación. «El

dolorido sentir» reflexiona acerca de los remedios posibles contra los pesares del alma, poniendo especial atención en la contingencia y en la continencia, y el sexto y último capítulo, «Agitación y propaganda», medita acerca de las consecuencias políticas de este fenómeno.

Filosofar no es, como suele decirse, predicar en el desierto. Sobre todo porque a Juan el Bautista, como señalase Léon Bloy, lo seguía durante su predicación en el desierto de Judea una enorme muchedumbre venida de las cuatro esquinas del mundo: las gentes lo escuchaban con arrobo e imploraban ser ungidas, contraviniendo el famoso tópico. Al filósofo, sin embargo, nadie le hace el menor caso. Filosofar es, por esa razón, cosa bien distinta: meter el dedo en la llaga, molestar a los demás con preguntas extemporáneas, ser un incordio. El carácter invasivo y hasta grosero de los filósofos queda patente en el apodo de «rompe puertas» con que se motejó a Crates de Tebas, y no cabe duda de que Sócrates, tan consciente de ser el tábano escandaloso que agujijoneaba las grupas de la adormecida Ática, tiene mucha culpa de que sus autoproclamados discípulos se empeñen en ser moscas cojoneras. Puestos a asumir tan chabacano perfil, con el que nunca me he identificado, diría que este libro se asemeja a una maniobra *heimlich*. Esta palabra alemana designa el lugar oculto a cuyo abrigo podemos cobijarnos y, también, el espacio escondido en que se oculta lo siniestro; quizá lo propio sea, en lo tocante a una cuestión tan peliaguda, agarrar al lector con firmeza y obligarle a que escupa aquello que lleva rumiando, de manera consciente o inconsciente, desde larga data. Es bien sabido que arrojar luz sobre lo monstruoso puede ayudar a que deje de infundirnos miedo, como si, alejado de su hábitat oscuro y recordándose sobre un telón de claridad, tornase súbitamente inofensivo.

También puede suceder que no precise uno de dicha medicina. Es bien recordada la conversación que Sócrates entablase con Céfalos, un patricio de Siracusa de edad prolecta que había alcanzado la sabiduría sin recurrir en nin-

gún momento al quehacer filosófico. Cuando Sócrates le pregunta por los sinsabores de su edad, responde con una sonrisa que se trata de los achaques propios de la vejez; cuando se interesa por los dolores ocasionados por las pasiones, responde que se ha librado de estas como quien abandona a un gato salvaje; cuando le pregunta si el dinero le ha dado la felicidad, se limita a responder que solo le ayuda a vivir tranquilo. Los discípulos de Sócrates esperan con impaciencia una réplica -el clímax del diálogo socrático- que nunca llega. Su maestro se rinde. Céfalo no lleva una vida filosófica pero, así y todo, vive en orden, conforme a su naturaleza y a gusto en sus zapatos. Confío en que estas líneas de prosa filosófica al menos entretengan a los céfalos de nuestro tiempo.

I

LA INCESANTE MANÍA

Giraban entre la espesura, invocando a los santos, o blasfemando de terror, en una frenética lucha contra el sueño, hasta que caían exhaustos y el sueño los invadía con horror y muerte.

Robert E. Howard, «El horror del túmulo»

La frase citada pertenece a un cuento de terror, una suerte de *western* de vampiros protagonizado por unos exploradores españoles que avanzan atemorizados por Texas, perseguidos por un monstruo innominado. Su actitud se parece sobremanera a la de muchos de nuestros coetáneos. Pero son otras las semejanzas que advertimos al descubrir la identidad del perseguidor: don Santiago de Valdez, noble castellano convertido en un pavoroso no muerto. Carente de energía, privado de la posibilidad de descanso, se dedica a perseguir a sus antiguos compañeros de expedición. ¿Quiero decir con esto que los individuos agitados están siempre activos? En absoluto. Se aprecia fácilmente que habitan una peguntosa duermevela que se prolonga a lo largo del día, como si un velo de sopor delicuescente hubiese descendido sobre sus cabezas, y suelen reforcilarse en su embobante calma chicha hasta que, de golpe, comienzan a agitarse como pollos sin cabeza. Como los no muertos de Robert E. Howard, nunca están propiamente dormidos y nunca están despiertos del todo. Naturalmente, su estado de ánimo suele oscilar en poco tiempo de la eu-

foria al abatimiento. Y es que -sobra decirlo- el contrapeso de la agitación no es el reposo, sino el entumecimiento.

Hace unas semanas un buen amigo me apremiaba a unirme a una jornada de *hidrospeed*. Venía de pagar el peculio de los dos guías *derafting* que van a supervisar su aventura en kayak río abajo. Estaba todo preparado. Viendo menguadas mis reservas de voluntad, conseguí extraer fuerzas de flaqueza y expresé una tímida negativa. Bien sabía que bastaba con que me aviniese a ello para ahorrarme una incómoda retahíla de disculpas, coartadas y subterfugios. Más fácil sería jugarme el pellejo descendiendo el Segura que remontar aguas arriba la presión de grupo. Mi amigo contraatacó arguyendo que este «chute de adrenalina» sería todavía mayor que el del *kite surf*, y yo, que no denostaría las limosnas hormonales que todos menudeamos, y menos cuando la cuantía del óbolo es tan elevada, me limité a negar con la cabeza. Nadie entienda esto como un reproche. Agradezco de corazón que alguien como mi amigo siga proponiendo planes de aventura a alguien tan manifiestamente desabrido como yo. Pero justo ayer, cuando me invitó a hacer *pénduling* en el Puente de Caín, no pude sino responderle, cargando las suertes de la displicencia y la mala leche y tensando la cuerda de una amistad urdida durante, que prefería un golpe de quijada propinado por el bíblico agricultor fratricida a verme ahí colgado. Me acordé por un momento de Clint Eastwood en *Come-tieron dos errores*, que no guardaba buen recuerdo de cuando le obligaron a balancearse en el dintel de la horca. Mi amigo no lo encajó bien, y yo lo lamento, pero ¿qué se me ha perdido ahí?

Tal es lo que Nietzsche definió en un aforismo de *Humano, demasiado humano* como la desgracia de los hombres activos: de poco sirve preguntarles por el fin de su actividad, porque esta es esencialmente irracional. Así «los activos ruedan, como rueda la piedra, conforme a la estupidez de la mecánica».

Leo en un artículo de prensa que los miembros de la Generación Z «son impacientes porque lo quieren todo y lo quieren ya». La frase, qué duda cabe, asusta. No son pocos los psicólogos que ven en el hedonismo a corto plazo una especie de perverso genio de la lámpara. La baja tolerancia a la frustración de muchos adolescentes no solo los mueve a la angustia o el derrotismo sino que, según los discípulos del psicoterapeuta Albert Ellis, sienta los pilares de un sinnúmero de conductas patológicas, como la cleptomanía, el trastorno explosivo intermitente o el síndrome de acaparador compulsivo. El olvidado pensador Arnold Gehlen, más orillado por lo heteroclítico de su sistema filosófico y por lo irregular de su obra que por su adscripción al nacionalsocialismo, sostenía que el ser humano se encuentra sobrecargado de estímulos y rebosante de su propia subjetividad, lo que lo lleva a hundirse en una grieta. Esta grieta, que Gehlen denomina hiato, no es sino la distancia que media entre un deseo y su satisfacción, y sobre ella se han fundado todas las culturas. Creímos que la civilización era un cendal pulcro e inconsútil con que escondíamos una serie de atavismos tan viejos como el mundo, pero en realidad es una vestidura llena de jaretones, dobladillos y remiendos por entre cuyas costuras se nos escapan vestigios de animalidad. Qué le vamos a hacer.

Ocioso es recordar que, cuando el camino es corto, hasta los burros llegan. Por paradójico que suene, la civilización no se alza sobre el cumplimiento de las voliciones sino, precisamente, sobre su renuncia. Nadie entienda en estas palabras una llamada al ascetismo. Entréguese al ayuno quien así lo desee, pero ningún lector busque entre estas páginas consejos paternalistas. Además, no se puede filosofar con hambre y con sueño. Lo dijo Aristóteles y cualquier persona con sentido común lo secundará. Aunque el escuálido Rocinante se ponga metafísico cuando le aprieta la gazusa, la búsqueda de sentido es una tarea para estómagos nutridos. Pero cosa bien distinta es que, como dejó escrito John Stuart Mill, resulte preferible ser un Sócrates

insatisfecho que un tonto satisfecho. Frecuentar a una persona determinada a *no privarse de nada* es una verdadera tortura.

Se nos dice con insistencia que esta generación cambiará el mundo. Pero ¿qué capacidad de acción quien, entonando el *I Want It All*, se consagra a la ímproba búsqueda de *experiencias*? Digámoslo claro: una hornada de zampabollos narcisistas adictos al turismo de aventura es esencialmente inofensiva. Platón llamaba *dynamis* a la capacidad simultánea de actividad y pasividad; para Lao-Tse, sabio era quien sabía estar alerta y en reposo. El individuo agitado, que mucho abarca y poco aprieta, no es capaz de lo uno ni de lo otro. Cuando Walter Pater escribió que lo importante de la experiencia no era su fruto, sino ella misma, no contaba con que esto acabaría definiendo, con dolorosa ironía, el agotamiento del sujeto contemporáneo.

Decía Orwell que ciertas diatribas recuerdan a la reacción que un cascarrabias tendría con un niño molesto: mirarlo de hito en hito y preguntarle, con incómodo desconcierto, por qué no se mantiene quieto y silencioso como él. Quizá lo dicho en estas páginas haga de mí un gruñón, pero la diana de mis dardos no es más que un niño. Sus pecadillos son, en el peor de los casos, veniales, y los daños, si los ocasionara, solo se los inflige a sí mismo. Y es que, como ha escrito Byung-Chul Han en *La agonía del Eros*, nada tiene que ver el narcisismo con el amor propio. El sujeto narcisista que, incapaz de fijar sus límites frente al otro, ve el mundo como una sucesión de proyecciones de sí mismo, «deambula por todas partes como una sombra de sí mismo hasta que se ahoga en sí mismo».

El título de la décima carta del Tarot es «La rueda de la fortuna». Aparece en ella una esfinge que trepa por los cangilones de dicha rueda, otra que baja y una tercera que se mantiene en medio de la imagen. Cuando uno se fija advierte que no se agarran a la noria, que flota de manera improbable en el mar, sino que más bien parece que la mantengan en marcha con un movimiento incesante y que, se-